

## Caminando con dirección sin distracción

Dime, ¿alguna vez te has encontrado desprevenidos, yendo en dirección equivocada o quizás incluso avanzando en dirección correcta, pero totalmente distraídos? Ahora con el tema de los dispositivos móviles en los que vamos superconcentrados, me ha tocado ver gente en el transporte público, que de repente se da cuenta que se tomó el bus equivocado o se pasó varias paradas por estar en otra cosa. Y las reacciones en esos momentos son de lo más cómicas. Pero todo lo cómico que puede ser en estos casos, puede al contrario ser muy serio en temas fundamentales de la vida. Cuando no caminamos con atención y sin distracción podríamos perdernos el único tren para cierta oportunidad, o quedar confundidos sin saber qué hacer porque vamos descarrilándonos en dirección equivocada. La vida cristiana presentada en los evangelios y enfatizada en Filipenses 3 por el apóstol Pablo habla claramente de la necesidad de seguir adelante con un punto de referencia claro para la vida, y se pone como ejemplo. Él dice con bastante claridad que va rumbo a la meta con el objetivo de ganar el premio del llamado celestial de Dios en Cristo Jesús, tal como encontramos allí en el versículo 12. Pablo sabe adónde va y no quiere perder el tiempo con distracciones.

La iglesia de los filipenses estaba teniendo problemas con peligrosas distracciones. Pablo, entonces, les llama la atención y una vez más empieza el capítulo, en este caso el 3, enfatizando la importancia de alegrarse en el Señor. “Por lo demás, hermanos, gócese en el Señor.”

Y tras este preámbulo, mete el diente a las distracciones. La primera es peligrosa y aparece en el versículo 2, incluso confieso que nos asusta. Parece el aviso al frente de una casa que no quiere visitantes. Dice el texto: “Tengan cuidado de los perros, cuidense de los malos obreros y de los que mutilan el cuerpo.”

Esta distracción viene de aquellos que son parte de la falsa circuncisión, que enseñan doctrinas equivocadas, intentando llevar a los filipenses gentiles a la práctica judaizante. Veamos cómo hace la diferencia con ellos. “Porque nosotros somos la circuncisión; somos los que servimos a Dios en el Espíritu, los que nos gloriamos en Cristo Jesús y no ponemos nuestra confianza en la carne. Aunque también yo tengo de qué confiar en la carne.”

Probablemente sabes que la Biblia está dividida en Antiguo y Nuevo Testamento, y el Antiguo Testamento presenta la ley, que en gran parte está marcada por varios aspectos ceremoniales, los cuales fueron abolidos en Cristo Jesús. Entre ellos existía una práctica ritual que se hacía en los niños y en los hombres llamada circuncisión, a la que ya no se le da valor en el Nuevo Testamento. La circuncisión era una señal del pacto entre Dios e Israel en el Antiguo Testamento. Así que la exigencia de esas prácticas reforzadas por la ley está en el Antiguo Testamento; era parte del antiguo pacto.

En el nuevo pacto no es necesario practicar la circuncisión para establecer una alianza con Dios a través de Cristo Jesús. Por eso no tenemos confianza en señales

o marcas externas, dice Pablo: nosotros adoramos por el Espíritu. Y Pablo dice además que, si hay alguien que pudiera creerse importante, de tan solo pensar que tiene la posibilidad de hacerlo, era él. Pablo no se muestra distraído ni por el legalismo de la circuncisión por esos falsos obreros, ni por el orgullo de su propia espiritualidad, como si él fuese algo más que los demás.

Así que esa es la primera distracción. No te puedes distraer ni por el legalismo ni por el orgullo espiritual. Leamos a partir del versículo 4: “Aunque también yo tengo de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más fui circuncidado al octavo día, y soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín; soy hebreo de hebreos y, en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la ley, irreprochable.”

Es decir, si alguien tiene currículum de espiritualidad, dice Pablo: ese soy yo. Si alguien puede decir que es, como se dice en lenguaje popular, la fresa del pastel o la frutilla de la torta, en cuanto a orgullo espiritual, Pablo dice: ese soy yo. Ahora bien, en realidad nada de eso tiene valor de verdad. Por lo tanto, Pablo enseña que necesitamos caminar con dirección, sin distracción legalista y orgullosa. Por eso, el centro de nuestra preocupación, el enfoque del evangelio, lo que realmente tiene valor es Cristo.

Por eso el apóstol enfatiza a partir del versículo 7 que: “todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida, por amor de Cristo.” Y a decir verdad, incluso estimo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por su amor lo he perdido todo, y lo veo como basura, para ganar a Cristo”.

Reforcemos la idea: Pablo dice que toda su trayectoria intelectual, religiosa, de nombre y de fama, y de prácticas religiosas de la ley, todo eso es estéril en comparación con la maravilla y la singularidad de Cristo. Por eso dice que prefiere “ser hallado en él, no por tener mi propia justicia, que viene por la ley, sino por tener la justicia que es de Dios y que viene por la fe, la fe en Cristo...”

La verdad de Dios es que somos justificados y salvos por la fe en Cristo Jesús, gratuitamente, mediante Su sacrificio en favor nuestro. Por eso no podemos distraernos con cualquier otra cosa que intente ocupar la centralidad del evangelio. Necesitamos caminar con dirección, sin distracción.

En ese contexto entiendo mejor la expresión de que lo ha perdido todo “a fin de conocer a Cristo y el poder de su resurrección, y de participar de sus padecimientos...” ¿y con qué propósito? “Para llegar a ser semejante a él en su muerte, si es que de alguna manera” llega “a la resurrección de entre los muertos.” Pablo sabe que la salvación iniciada con la encarnación de Cristo tiene aún un largo camino por delante, con su punto último en la resurrección, y es hacia allá que él está mirando. La resurrección es la meta. Mira cómo lo dice: “No es que ya lo haya alcanzado, ni que ya sea perfecto, sino que sigo adelante, por ver si logro alcanzar aquello para lo cual fui también alcanzado por Cristo Jesús.”

Y lo repite en el versículo 13: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado ya; pero una cosa sí hago: me olvido ciertamente de lo que ha quedado atrás, y me extiendo hacia lo que está adelante; ¡prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús!”

Cuando alguien recibe la gran salvación, la vida en Cristo, y entiende de verdad qué pasó y sigue en la dirección correcta sin distracción, esa persona necesita poner una piedra sobre la tumba de su pasado. No importa qué te pasó antes. En Cristo eres una nueva criatura, recibes un nuevo nacimiento, una nueva vida. Todos tus pecados están perdonados en Cristo Jesús al recibir esa nueva vida. Lo que pasó, pasó. Pero a muchos les cuesta, hay un efecto arrastre en la conciencia que ha veces es difícil de enterrar. Lamentablemente es así. Pero, lo cierto es que ya no se puede seguir llorando por el pasado ni intentar obtener justicia por mi propio esfuerzo allá, porque nuestra vida viene de Dios ahora, en Cristo.

Por el poder del Espíritu Santo en nosotros, debemos olvidar lo que queda atrás, liberarnos de la culpa del pecado ya perdonado por Cristo y mirar hacia adelante. En teoría parece fácil. Pero Pablo no habla desde la teoría. Podemos leer su testimonio en Hechos y darnos cuenta de dónde lo sacó el Señor y lo que ahora es en Cristo, como un punto de quiebre. Y Pablo está enfatizando esa realidad que marcó su vida. Él prosigue hacia el premio del llamado celestial en Cristo. Observa el versículo 15: “Así que, todos los que somos perfectos, sintamos esto mismo; y si ustedes sienten otra cosa, también esto se lo revelará Dios.”

Ese término griego, se traduce en otras versiones como: “manera de pensar” o “tener una misma actitud”. En la iglesia debe haber unidad de pensamiento y por ende de acción, y el apóstol Pablo debe afirmarlo para los cristianos de Filipos que estaban siendo presionados por los legalistas vinculados a la falsa circuncisión, vinculados a un orgullo espiritual que les creía proveer de justicia propia. Esta gente estaba equivocada y los estaban distraendo. Pongan atención a la explicación sobre ellos desde el versículo 17. “Hermanos, sean ustedes imitadores de mí, y fíjense en los que así se conducen, según el ejemplo que ustedes tienen de nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales muchas veces les dije, y llorando vuelvo a decirlo, que son enemigos de la cruz de Cristo.”

Mucha gente se entristece y a veces se asusta, pues, ¿cómo es posible que personas, que dicen hablar en el nombre de Cristo, hagan tantas cosas equivocadas? Esto ya era realidad en la iglesia primitiva: gente hablando en nombre de Cristo, pero, en realidad, siendo enemigos del evangelio y de la cruz de Jesús. ¿Por qué sucedió esto tan temprano en la vida de la iglesia? Porque su motivación no era legítima, porque no se negaban a sí mismos ni renunciaban a su justicia propia, porque ellos querían huir de la cruz y de la esencia del evangelio, Su destino al actuar de esa manera es la destrucción. Fíjate qué palabra dura de Pablo: “adoran al dios de sus propios deseos” dice una versión -literalmente “su dios es el estómago”- y se enorgullecen de lo que es su vergüenza. Solo piensan en lo terrenal. ¿Qué hacemos frente a estos falsos hermanos?

No vale la pena poner el mínimo de atención a quien está en esa situación, perdido en su propia distracción. En el texto tenemos un “pero”, fijémonos cuál debe ser nuestra actitud: “Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; él transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea semejante al cuerpo de su gloria, por el poder con el que puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”

¡Qué gran esperanza! Si nos mantenemos enfocados y no nos distraemos, nuestro camino nos llevará al cielo, sabiendo que la vida eterna tiene valor mayor que la vida que tenemos aquí y ahora, que lo que importa realmente es el punto final de nuestra jornada, la resurrección que Pablo afirma que esperamos con ansiedad. Así que, caminemos con los ojos puestos en Jesús sin ningún tipo de distracción.